
LLEVAMOS EL EVANGELIO A LOS JÓVENES
Los caminos de la fe para los jóvenes hoy

Ya desde hace varios años vine madurando la idea de ofrecer a toda la Familia Salesiana alguna consideración simple y sistemática sobre lo que constituye el centro de nuestra fe, acentuando algún aspecto de nuestra Tradición Salesiana, a partir de nuestro santo Padre Don Bosco, y, como he indicado en el Aguinaldo 2010, en el Centenario de la muerte del Beato Miguel Rua: "Señor, queremos ver a Jesús". A imitación de don Rua, como discípulos auténticos y apóstoles apasionados llevemos el Evangelio a los jóvenes.

Después de las intervenciones hechas por don Giannantonio Bonato sobre el deseo, implícito o explícito de los jóvenes, de ver a Jesús, y de don Juan José Bartolomé, sobre los discípulos de Emmaus, yo he sido invitado a hablar directamente del tema, Llevamos el Evangelio a los "jóvenes". Lo que ya estoy haciendo en los artículos del Boletín Salesiano de este año y que lo haré en el mensaje a los jóvenes del MGS el próximo 31 enero. Aquí ofrezco de ello algunos elementos.

1. Punto de partida

1.1 Entre desacralización social y preguntas de religiosidad

Partimos de un constatación: Hoy no se es más cristiano a través de la modalidad de socialización religiosa que fue válida durante tantos siglos; se han saltado los canales de transmisión intergeneracional, y la fe se ha convertido en una elección subjetiva, fruto de un descubrimiento y decisión personal. El problema, aunque marcadamente europeo o mejor decir occidental, no es exclusivo. Esta situación de secularización, indiferencia y desconfianza está sobre todo presente en el mundo occidental, pero desafortunadamente se está extendiendo rápidamente también a otros continentes o contextos a través de una cultura globalizada, marcada por una visión materialista e individualista de la vida.

Las encuestas a los jóvenes ponen en evidencia que entre ellos no existe una verdadera crisis de la religiosidad y de la búsqueda de sentido; existe más bien un grupo notable de jóvenes que advierten la necesidad de profundizar en la dimensión de la espiritualidad para encontrar el equilibrio y la armonía personal en este mundo frenético, fragmentado y en rápida evolución. He aquí su deseo de ver a Jesús.

Ciertamente, la dimensión religiosa tiende a ser relegada a la esfera de la vida privada y a ser absorbida dentro de la lógica de la satisfacción de las necesidades individuales. Se trata de una religiosidad para uso individual, para el bienestar personal; una religión de consolación y no de responsabilidad, que implica tanto el aspecto emotivo como el psicológico y actúa como un tipo de excitación espiritual porque pone en juego los sentimientos, la pasión, implica las emociones, pero descuida los valores que de sirven

apoyo en el tiempo como la fidelidad, la constancia, la coherencia de las elecciones, la asunción de responsabilidad, el proyecto de vida.

Es una religiosidad no institucional, sino privada, con presencia de creencias heterogéneas y a veces formalmente incompatibles, (tipo Nueva Era). Los jóvenes recorren así una continua migración espiritual de una experiencia a otra, en la repetida tentativa de saciarse de nuevas emociones, más o menos místicas, que ellos satisfacen individualmente pero no calman nunca la sed, porque cada elección es abandonada en el momento en que se hace pesada, la comunidad de encontrar o con la cual enfrentarse.

Una religiosidad, además, separada de la ética: si en épocas anteriores la fe religiosa estaba unida a la ética y al empeño por la transformación del mundo, hoy está unida a la estética y al espíritu de convivencia y comunión. En este sentido la identidad religiosa de los jóvenes, (identidad que en muchos conserva todavía la referencia a la fe católica), se vuelve una identidad-refugio, sin una verdadera profundización interior, espiritual y ética.

En todas las investigaciones se subraya la eficacia de la participación asociativa para la construcción de una identidad religiosa personal, favoreciendo la formación y la adhesión de fe, el camino religioso personal y también la práctica sacramental. Queda en suspenso el dato de la gran franja de jóvenes que manifiestan una relevante disponibilidad a un discurso religioso, que sin embargo aún tienen que evolucionar hacia formas más maduras de

identificación y pertenencia. Por ésto es urgente renovar la oferta religiosa de las Iglesias: superar una racionalidad instrumental, desarrollando la dimensión estética y mística de la fe, acabar con la burocratización alienante, promoviendo la dimensión de comunidad y el encuentro personal, afrontar la ausencia del corazón y de la experiencia con un mayor desarrollo del lenguaje simbólico y afectivo y una mayor presencia de experiencias de vida compartida. He aquí el desafío de cómo hablar hoy de Dios a los jóvenes.

1.2 Los jóvenes y la fe

El joven siempre está abierto a la fe porque está abierto al futuro, a la búsqueda de la propia identidad, a la vida y a los valores. Pero a menudo esta apertura se ofusca por un exceso de cosas y satisfacciones inmediatas y superficiales. Les sucede a muchos jóvenes como a la "Samaritana" de la narración evangélica de Juan: tienen necesidad que alguien en nombre de Jesús despierte en ellos aquel deseo profundo de salvación y felicidad que se encuentra escondida a la espera inmediata del placer.

Las preguntas sobre el sentido de la vida, si son sinceras, siempre son rendijas que abren a la trascendencia sobre todo cuando son acogidas con sinceridad y desarrolladas por procesos pacientes de profundización.

Un empeño del evangelizador y el educador es el de abrir estas vías hacia la interioridad, ayudar a los jóvenes a hacer

experiencias significativas que llenen el corazón: experiencias de silencio, de contemplación de la naturaleza, de comunicación profunda, de acogida gratuita del otro, de servicio generoso, etcétera. Caminos todos que, usados sabiamente, desarrollan la apertura a la Transcendencia y despiertan la sed de Dios, aunque todavía no lo hayan conocido. Hoy este primer paso de un camino de fe es muy importante y en algunos casos imprescindible.

Entre las dificultades de los jóvenes para vivir la fe y hacer una elección de vida cristiana se pueden señalar:

- Un estilo de vida que adormece o ciega el deseo profundo del sentido, de la verdad, de Dios: la prisa, el ruido, la multiplicidad de relaciones superficiales, la búsqueda frenética de experiencias nuevas y cada vez más fuertes que respondan a las necesidades inmediatas, la poca capacidad de interiorización, etcétera
- Pero también, de parte de la Iglesia y de las comunidades cristianas, existe una forma de expresar y vivir la fe demasiado lejana de la forma con que los jóvenes ven y viven la realidad: una ruptura cultural que les hace sentir que la fe experimentada, celebrada y proclamada por la Iglesia es una realidad extraña a su universo mental y afectivo.

2. Jesús, Evangelio de Dios, buena y hermosa noticia para la humanidad

Visto que hoy los jóvenes viven en una situación en que no hallan la fe como indiscutida herencia, como posesión ya

adquirida, quién quiere empeñarse en educarlos a la fe tiene que acercarse a la Palabra de Dios e imitar su pedagogía. Una comparación personal con la Palabra de Dios, que siempre en los momentos de crisis aparece particularmente límpida, y la 'pasión' evangelizadora y educativa son, a mi parecer, condiciones previas.

En su primera encíclica, Su Santidad Benedetto XVI nos recordó que no se empieza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida, y con ese, una orientación decisiva", (*Deus Caritas est*, 1).

El cristianismo no es, ante todo, un conjunto de verdades al que se ha llegado por la reflexión de muchos siglos ni un conjunto de normas morales que sus miembros son obligados a practicar, sino el encuentro personal con el Señor Jesús que, como vemos en muchas páginas del Nuevo Testamento, cambia radicalmente la vida y nos hace verdaderos "cristianos", es decir: "los que son de Cristo."

Esta característica esencial de nuestra fe aparece muy claramente en una palabra clave de la Sagrada Escritura, a la cual estamos demasiado acostumbrados, a veces sin reflexionar sobre su significado: "evangelio" se trata de un término griego que quiere decir: "bella/buena noticia", y que Marco, el primero que puso por escrito los testimonios orales de la comunidad cristiana sobre Jesús, usó como título: "Principio del Evangelio de Jesús Cristo, Hijo de Dios", (Mc 1,1).

Desde el principio los cristianos, iluminados por el Espíritu Santo, comprendieron que Jesús Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre por nuestro amor, fue la mejor noticia para toda la humanidad.

Reflexionemos brevemente sobre aquello que sucede cuando recibimos una noticia realmente buena. Esta experiencia presenta tres características principales: es algo inesperado - nos llega "desde fuera" - llena nuestro corazón de alegría insólita.

Aplicándolo al Cristianismo, comprendemos perfectamente que no se trata de alegría humana, por cuanto profunda sea, sino de la maravillosa verdad de que Dios nos ama, y que nos ha hecho sus hijos e hijas en Cristo; es la mejor noticia que podemos recibir: nadie lo habría imaginado, nadie habría podido preverlo.

También el pueblo de Israel, que esperó incluso por siglos al Mesías prometido, quedó pasmado frente a la novedad de Jesús y el Reino que él anunció; también para ellos, más bien, por ellos en primer lugar, se trató de algo inesperado, que los cogió de sorpresa, de tal forma que sólo los que fueron capaces de cambiar su modo de pensar lograron aceptar, acogiendo con sencillez y gratitud a Jesús como Mesías, el Cristo.

Por otra parte hace falta reconocer que *no ha sido para todas una 'buena noticia'* la persona de Jesús y el Reino por él anunciado; para quienes se hicieron fuertes con la propia

orgullosa autosuficiencia, con el propio poder y la riqueza, (cfr. Lc 1,51-53), fue más bien una 'mala noticia' que acabó conduciendo al portador de la misma hasta la muerte en cruz.

Tomar en serio el hecho de que el Cristianismo es la mejor noticia para la humanidad tiene además, como resultado, la preocupación y la urgencia de comunicarla a todos los hombres y a mujeres del mundo: "Pues, ¿Cómo podrán invocarlo sin haber creído primero en él? ¿Y cómo podrán creer, sin haber oído hablar de él? Y ¿Cómo podrán sentir hablar si ninguno se los anuncia"? , (Rm 10,14). Renunciar a la tarea evangelizadora y misionera de la Iglesia constituiría la mayor infidelidad a Dios y al acto más egoísta frente a la humanidad.

Imaginamos que una familia muy pobre ha recibido un billete de la lotería y que, para su fortuna, se trata del número premiado. No teniendo, a causa de su pobreza, acceso a la información, corren el peligro de no cobrarlo; para nosotros, que hemos tenido conocimiento del hecho, nos es indiferente informarlos o no. Ahora bien, *toda la humanidad, en Jesús Cristo, ha ganado el premio principal de la lotería; ¡pero más de cinco sextos de ella lo ignora!* Qué egoístas seríamos si no les comunicáramos esta noticia que, como dice Benedicto XVI, "da un nuevo horizonte a la vida" presente y, sobre todo, a la vida eterna.

Contemplando a nuestro Padre Don Bosco podemos hacer dos reflexiones. En primer lugar, en su vida y en su sistema educativo y pastoral no encontramos un conjunto de ideas o

normas sino *un itinerario de fe que lleva a un encuentro vivo con la persona de Jesús Cristo*. Con un símbolo humano universal, al cual son sensibles todos los jóvenes, los educó recorriendo un camino de realización humana y de santidad cristiana basado sobre la amistad con Jesús Cristo, que presupone esta relación personal vivida en máximo grado.

Por otra parte, sintió tan vivamente la situación de los que no han recibido esta noticia maravillosa, que desde el principio de su obra y en la medida de las mismas fuerzas, (a veces también más allá de ellas) promovió el trabajo misionero, dejando a la Congregación y a la Familia Salesiana esta preocupación como un rasgo distintivo. Cada año tengo la gran alegría de poder mandar, con la bendición de Dios y la entrega del crucifijo misionero, muchos miembros de la Familia Salesiana que se unen a otros millares que ya se encuentran en tierra de misión, siguiendo una bonita tradición que se ha prolongado desde el 1875. Sin embargo continua siendo actual la frase del Señor Jesús: "La mies es mucha, pero los obreros son poco". Cada uno de nosotros es llamado, según el propio estado de vida y en la medida de las mismas posibilidades, a llevar a los hermanos y a las hermanas, con la palabra, y sobre todo con el testimonio de la misma vida, la gran noticia, la más bonita noticia que la humanidad puede recibir: somos hijos e hijas de un Dios que nos ama.

3. caminos de fe

Por lo que concierne a los procesos del "venir a la fe", Pablo los sintetiza magistralmente en el ya citado texto de la carta a los romanos cuando escribe: "si confiesas con tu boca que Jesús es Dios, y crees con tu corazón que Dios lo ha resucitado de los muertos, te salvarás. ¿Con el corazón en efecto se cree para conseguir la justicia y con la boca se hace la profesión de fe para tener la salvación.... Pero, como podrán invocarlo sin haber creído primero en él? ¿Y como podrán creer, sin haber oído hablar de ello? ¿Y como podrán sentir hablar si ninguno se lo anuncia? Y como lo anunciarán, sin ser primero enviados"? (Rm 10, 9-10.14-15^a).

3.1 algunos modelos bíblicos

Pero para llegar a esta comunicación y aceptación de la fe en Jesús hay itinerarios diferentes, que dependen - y querría subrayarlos - de las situaciones en que se encuentran los referentes del Evangelio, en nuestro caso los jóvenes. Por ejemplo:

- La vocación de los primeros discípulos de Jesús, el cuarto evangelista, empieza con la indicación hecha por Juan Bautista quien indica Jesús a sus discípulos, ellos lo siguen, le preguntan "¿dónde vives"? Se quedan con él y quedan tan fascinados que abandonan a su maestro Juan y empiezan a dar testimonio de Jesús, cf. (Jn. 1,35-42).
- El encuentro de Jesús con Nicodemo, (Jn. 3,1-21), o con la Samaritana, (Jn. 4,5-42), siempre según el cuarto

evangelista, son igualmente itinerarios de fe que llevan, a un diálogo, de necesidades inmediatas a un progresivo reconocimiento de los anhelos más profundos, hasta la aceptación de Jesús como Aquel en Quien puede ser apagada su sed de sentido, de felicidad y de vida.

- La predicación hecha por los Apóstoles, que invitan al reconocimiento de Jesús Crucificado y Resucitado como Señor y por lo tanto a la conversión de los mismos pecados, les suscita en los oyentes la adhesión de fe y el cambio de vida hasta formar una comunidad, con un sólo corazón y una sola alma, hasta volverse una verdadera alternativa cultural y social, (cf. At 2,14-41; 4,23-37).
- La conversión de Pablo ocurre directamente por una intervención de Dios, justo mientras él persigue la Iglesia, sin agenda ni preparación, pero como fruto de la elección de Dios que cuenta con él como apóstol de las Gentes, y se convierte en uno de los acontecimientos más importantes de la historia del cristianismo, cf. Gal 1, 13-24; Fil 3,3-9 At 9,1-20.
- Otra modalidad la encontramos en la historia de aquel joven que se acerca a Jesús y le pregunta qué tiene que hacer para conseguir la vida eterna; después de haberle respondido a Jesús que él había sido fiel a la ley de Dios ya desde la infancia, dice el texto que Jesús lo contempló con amor y lo invitó a ir más lejos, distanciándose de cuánto pudiera ser de obstáculo para alcanzar la plenitud (te falta "Una cosa sola: va, vende lo que tienes dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; luego ven y me sígueme". Pero, a diferencia de los discípulos que dejaron todo para seguir a Jesús, este joven "entristecido por

aquellas palabras, se fue afligido, ya que tenía muchos bienes". Y Jesús concluye con un juicio muy severo: "Qué difícil es, que los tienen riquezas entren en el reino de Dios", (Mc 10,17-23).

Una escena particularmente iluminante es el camino de fe de los dos discípulos de Emaus, desencantados por la no realización de sus esperanzas - destruidas con la muerte en cruz de Jesús - y hallan de nuevo la fe al encontrar a un peregrino que hace con ellos el camino, ilumina su mente, calienta su corazón con la interpretación de la Escritura, y se hace reconocer por ellos en la "fracción" del pan, cf. (Lc 24, 13-35).

En esta famoso pasaje evangélico, tan bello desde el punto de vista literario, pero sobre todo tan rico bajo el perfil catequético, tiene los elementos fundamentales de la experiencia de fe: la Palabra que ilumina y calienta, el Sacramento que nutre y consolida, el Testimonio que nos hace evangelizadores, la Comunidad que nace de la fe común. E incluso hallamos el camino de la fe, ejemplarmente descrito: desde el abandono de la comunidad hasta su recuperación, desde la pérdida de fe al testimonio común, desde el caminar solos hasta el caminar con Jesús aún no reconocido, desde el contar todo lo ocurrido al dejarse contar todo a la luz de la Palabra, del encuentro fortuito a la invitación a quedarse en casa, desde la explicación bíblica a la demostración eucarística, del encuentro con Jesús, descubierto en el pan partido al reencuentro con los hermanos, redescubriendo la vida común.

3.2 Dos vías paradigmáticas de acceso personal a la fe

Hay vías privilegiadas para acceder a la fe, experiencias particularmente significativas que ponen en marcha, solicitan, profundizan, interiorizan personalmente los procesos de la fe.

En la tradición bíblica la figura prototipo de creyente ha sido siempre la de Abraham, que con razón es llamado "padre" de la fe o "padre" de los creyentes, ante todo porque con él inicia la historia de la salvación y porque él encarna la apertura más humana al designio de Dios, que quiere salvar al hombre pero quiere hacerlo contando con la colaboración de hombres y mujeres. A Abraham se le pide cortar con el propio pasado, dejar patria, parientes y bienes, y dejarse conducir por la promesa de Dios, (cf. Gn 12,1-9), y, cuando por fin tenga un hijo, Isaac, se le pedirá también sacrificar a aquel hijo, que era su futuro, (cf. Gn 22,1-19). A veces Dios parece preguntarpedir demasiado, pero en el fondo no nos pide más que liberarnos de todo cuanto no sea Dios, sí, poder vivir la vida con todos sus hechos, alegrías y tristezas, satisfacciones y frustraciones, esperanzas y angustias, como si viéramos el invisible.

Junto a Abraham tenemos también que hablar de Maria como modelo de creyente. Así aparece, ya desde el primer momento en el evangelio de Lucas, que la hace ver abierta de forma incondicional a la voluntad de Dios en la narración de la anunciación, aunque esta no coincidió con

su proyecto personal y aunque no lo entendió todo, (cf. Lc 1, 26-38; ¡2,19.50.51). Según el testimonio del mismo Jesús, la grandeza de su madre es haber escuchado la Palabra de Dios y haberla custodiado con amor, (cf. Lc 11,28). He aquí su verdadera maternidad! Esta visión de Maria como modelo de fe y madre del creyente también aparece en el Evangelio de Juan, que el nombra sólo dos veces, y como "mujer", al principio en la bodas de Cana, (Jn. 2,1-11), suscitando con la misma fe en el Hijo la fe de los discípulos, y al final a los pies de la cruz, (Jn 19,25-27), cuando le es confiado a su "escuela" el discípulo querido y a éste, Ella le es entregada como madre. La grandeza de María es pues su fe y allí es ofrecida como modelo de imitar y como madre para acoger.

3.3 Cristo, principio y meta de la fe.

Sin embargo el promotor y consumidor de nuestra fe, como dice muy bien la Carta a los Judíos después de haber hecho la alabanza de los grandes creyentes de la historia, es Jesús Cristo, que aprendió a vivir de Hijo sin buscar más que la Voluntad del Padre hasta la muerte de cruz. Y el Padre correspondió a su fidelidad filial resucitándolo de entre los muertos y haciéndolo el Cristo y el Señor, (cf. Eb 12,1-2: Fil 2.6-11).

Pienso que en la Sagrada Escritura la vía privilegiada hacia la fe, es el encuentro personal con Dios, por la simple razón que - como dijo un gran teólogo - "la única cosa digna de fe es el amor". Y la fe es ante todo la experiencia del hombre

que encuentra Dios y encuentra respuesta a sus grandes interrogantes. Tal ha sido la experiencia personal de los grandes creyentes, hombres y mujeres como Abraham, Moisés – quienes han tenido que sufrir una gran frustración ante las primeras esperanzas e iniciativas de liberación antes de encontrar a Dios y volver a su pueblo -; así, para Samuel, David, Elías, María, José, Pedro Pablo. Todos aquellos que se han sentido envueltos por la ternura del amor de Dios e implicados en su designio de salvación, y olvidados de todo se han asomado hacia adelante, no porque entendieran todo, más bien sin entender para nada, pero agarrados de Dios y con una misión por cumplir.

Ciertamente hay otros encuentros, en circunstancias diferentes, que pueden ser también vías hacia la fe. Se piense por ejemplo en la participación de los discípulos a la bodas de Cana, dónde la fe de María es causa de su fe: "Así Jesús empezó sus milagros en Cana de Galilea, manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en Él", (Jn. 2,11). O al encuentro de Jesús con la Samaritana, que provoca su confesión de fe y la conversión de los samaritanos tras el testimonio de la mujer: "Cuando los samaritanos llegaron a Él, lo rogaron quedarse con ellos y él se quedó dos días. Muchos más creyeron por palabra y le dijeron a la mujer: "Ya no es por tu palabra que nosotros creemos; sino porque nosotros mismos hemos oído y sabemos que éste es realmente el salvador del mundo", (cf. Jn. 4, 41-42). O al diálogo de Marta con Jesús después de la muerte de Lázaro en el que Marta llega a una de las confesiones de fe más perfectas: "Sí, o Señor, yo sé que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios que tiene que venir en el mundo", (Jn. 11,27). O al

caso del centurión, cuya hija fallecida y resucitada por Jesús lleva a la confesión de fe del centurión y toda su casa, (cf. Gv 4,1-4). Lo que me interesa remarcar es que llevar el Evangelio a los jóvenes no significa otra cosa si no llevar los jóvenes a Cristo. *Decir el Evangelio y decir y dar a Cristo.*

4. La identidad del joven creyente que ha encontrado a Cristo

El camino de la fe es un recorrido que abre a una experiencia, con rasgos significativos y peculiares que definen al creyente, al cristiano.

A mí me fascina mucho la experiencia de San Paolo, también porque es el único que habla autobiográficamente, en forma testimonial. Sentirlo contar qué era antes del encuentro con Cristo, a quién él persiguió obstinadamente en sus seguidores, y qué sucedió después, esta experiencia hace ver los criterios de verificación de cada auténtica experiencia cristiana, (cf. Gal 1,13-17). A menudo nos ilusionamos de haber tenido una experiencia de Dios porque nos hemos sentido conmovidos, pero después, de aquel sentimiento psicológico religioso, no ha ocurrido ningún cambio de vida.

Escuchar a Paolo, como se expresa en la carta a los Filippenses, que todo cuanto fue para él precioso lo considera "una pérdida frente a la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por el que he

dejado todas las cosas (las que humanamente podrían ser el manantial y el fundamento de su orgullo) y las considero como basura con el fin de ganar a Cristo" y tomar parte en su resurrección, (cf. Fil 3,8-10). Escuchar a Pablo que no se deja condicionar por nadie y en cambio defiende valientemente, sin ceder a compromisos, "la verdad del Evangelio", (Gal 2,5.14). Escuchar a Pablo que confiesa que para él "el vivir es Cristo", (Fil 1,21), sí, que él "ha sido crucificado con Cristo" y ya no es él que vive sino Cristo que vive en él: "Esta vida que vivo en la carne yo la vivo en la fe del Hijo de Dios que me ha amado y se ha dado a sí mismo por mí", (Gal 2,19-20). Escuchar a Pablo que no ha querido otra ciencia "si no Jesús Cristo y este crucificado", (1Cor 2,2), y que tiene criterios de verificación para hacer patente y creíble su amor a la Iglesia como ningún otro apóstol puede jactarse de ello, (2Cor 11,18-30). Escuchar por fin a Pablo que está orgulloso de llevar en el propio cuerpo los estigmas de Cristo por cuanto el mundo ha sido crucificado por él y él por el mundo, (Gal 6,14-17).

El joven es llamado a ser cristiano, quedando joven en esta sociedad. ¿Cuál es la *identikit* del joven creyente hoy, a comparación con los problemas y los desafíos de su existencia hoy, desde su vida personal y social?

- Una persona que vive la vida como vocación como realización de un proyecto que da sentido y unidad a toda la diversidad de acciones y preocupaciones; una persona que vive la vida como respuesta de amor al amor de Dios, capaz de asumirla como un don, desarrollar sus mejores aspectos con gratitud y vivirla con alegría.

- Una persona de esperanza, que sabe siempre ver lo positivo, aunque pequeño e imperfecto, que sabe alegrarse por los pequeños pasos, que sabe creer hacia el futuro y empeñarse por ello, porque cree que la fuerza de la resurrección está presente y actúa en la vida cotidiana de las personas y la historia.
- Una persona interior, capaz de callarse, de escuchar la voz de Dios en su vida cotidiana, a la luz de la Palabra; de desarrollar una relación de amistad con Jesús a través de los sacramentos de la eucaristía y la Reconciliación y a través de la acogida y el servicio a los más pobres y a los más pequeños.
- Una persona de comunión, de diálogo, de acogida y de colaboración, capaz de crear amistad y comunidad alrededor de él.
- Una persona que vive el empeño cotidiano del estudio, del trabajo, de la profesión, de la vida de familia, con fidelidad, con competencia como respuesta de amor a Dios y al servicio a los otros.
- Una persona que siente y participa de las grandes aspiraciones y perspectivas de la humanidad y de la Iglesia: la paz, la justicia, la defensa de la creación, la evangelización y la construcción de una civilización del amor, a través del empeño por lo concreto de la vida cotidiana y entre sus mismos compañeros.

4.1 La santidad como meta de una verdadera educación a la fe

Una de las pobrezas de nuestro tiempo es la reticencia y la sospecha delante de los ideales; nos contentamos y nos confiamos solamente con proyectos a nuestra medida, de pequeña perspectiva; pensamos solamente en una navegación de ordinario cabotaje, excluyendo a priori los sueños de nuevas rutas planetarias. Les presentamos a los jóvenes como ideales de vida las pequeñas metas del cotidiano: tener un buen trabajo, dinero, una familia, etc. Pero los jóvenes necesitan grandes horizontes, capaces de despertar y orientar el dinamismo de sus vidas. De modo particular los jóvenes más pobres, que viven y sufren cada día tantas limitaciones y dificultad para realizar su crecimiento humano, necesitan creer y confiarse a posibilidad de vida plena a su alcance. Tenemos que ayudar a los jóvenes a soñar, a concebir grandes ideales, capaces de inspirar y motivar su esfuerzo para superar el atolladero diario y creer en las posibilidades inéditas presentes en ellos.

El lenguaje de la santidad usado en la catequesis, en la pastoral y en la predicación a menudo es caracterizado por una visión antropológica y teológica poco integral, moralista, a veces narcisista, (la búsqueda de la auto-perfección) individualista, espiritualista y dualista. Pero esta visión no corresponde al concepto evangélico de santidad. Santidad, según el Nuevo Testamento, es seguir e imitar de todo corazón a Jesús y con toda la vida, dejarse conducir del Espíritu Santo como hijos, amar como somos amados por Dios, vivir según la gracia de nuestro bautismo. La santidad cristiana es un regalo, antes de ser fruto de nuestro esfuerzo, es dejarse amar de Jesús, encomendarse a

Él y seguirlo con toda la vida y de todo corazón. Entonces la santidad no se mide por el esfuerzo de perfección moral, sino por la grandeza del corazón que ama y se consagra totalmente por amor.

Solamente así se puede superar una concepción de la santidad para una elite de privilegiados, que excluye casi por principio a los más pobres o lejanos. Creo que pensar ésto sea un gran pecado contra el corazón del Evangelio. El propio Jesús dijo que el Reino de Dios es de los pobres y de los simples; Pablo en su carta a los Corintios nos repite que Dios ha elegido "lo que es necesidad del mundo... debilidad del mundo... innoble en el mundo...", (cf. 1Cor. 1, 26ss). Jesús afirmó haber venido no para los sanos, sino para los pecadores, y que los pobres y los pecadores son los primeros destinatarios del amor de Dios... Como podemos pensar que la santidad no es una propuesta para ellos, que la santidad sea solamente para las que han superado ya ciertas etapas de desarrollo humano?

Evidentemente, creer en esto nos compromete, como hizo Don Bosco, a buscar un camino educativo y pedagógico que abra con eficacia a estos jóvenes al encuentro con Jesús, que los anima a darse de todo corazón, que los acompaña en el desarrollo de las mismas cualidades y recursos: un camino de vida cristiana conforme a ellos, siempre hacia la santidad.

Hoy existen modelos significativos en los cuales el joven puede sentirse inspirado en su camino de fe, sin deber recurrir a personajes de un lejano pasado. Contamos con un

patrimonio muy rico y variado: partiendo de las figuras más conocidas como aquellas de Domingo Sabio, Laura Vicuña, Ceferino Namuncurá, pasando por la categoría de los mártires de los cinco jóvenes polacos, y llegando a las figuras con aureola la beata Teresa Braco, el beato Piergiorgio Frassati y el beato Alberto Marvelli, o sin aureola pero igualmente ejemplares, como: Salvo D'Acquisto, Giacomo Maffei, Sean Devereux, Sigmund Ocasión, Fernando Caló, Nini Di Leo, Xavier Ribas, Paola Adán, Flores Roderick, Domenico Zamberletti, Bartolomé Blanco, Petras Pérkumas, Willi De Koster, Cruz Atempa, Renato Scalandri...

Delante de muchos jóvenes crecidos en los entornos salesianos de muchas partes del mundo y que en su vida ordinaria han vivido el Evangelio de una forma significativa y ejemplar, el vocablo "santidad" no tiene que intimidar pues, casi quisiera decir vivir un heroísmo imposible, justamente para pocos.

4.2 una pertenencia más cordial e intensa a la Iglesia

Aunque sentirse Iglesia puede resultar hoy particularmente estrecho o problemático para el joven, que ve el mundo como su horizonte, y que vive una orientación llevada a la tolerancia, a la aceptación de un pluralismo religioso, tenemos que reivindicar la comunidad cristiana como el lugar y el instrumento para aprender a vivir hoy como joven cristiano.

Nadie hoy, sobre todo ningún joven, puede vivir como cristiano solo, sino integrado en un grupo o en una comunidad, en la que pueda compartir la misma fe, confrontar las mismas dudas y dificultades, apoyar los mismos esfuerzos, sustentar el largo camino de maduración.

Los jóvenes en camino de fe buscan grupos y comunidad con una clara identidad cristiana, en los que se sientan estimulados y motivados a vivir y profundizar la misma fe; pero, al mismo tiempo, grupos y comunidades abiertas, dialogantes, que asuman los interrogantes, que sustenten la búsqueda, capaces de aceptar la diversidad de ritmos y contactos.

A menudo estas cualidades no las encuentran en las comunidades cristianas que encarnan la Iglesia en los mismos entornos (parroquias); se sienten decepcionados y extrañados delante del formalismo, la burocratización y la lejanía de las comunidades cristianas adultas; escandalizados por la debilidad, el miedo y el silencio de los pastores. Pero cuando encuentran comunidades abiertas, acogedoras, disponibles al diálogo y a la confrontación, cuando encuentran pastores que se ponen a su nivel, disponibles al diálogo y a la búsqueda compartida cuando hacen experiencia de apertura a la universalidad y de una expresión pública y clara de la fe, como pueden ser las Jornadas Mundiales u otros encuentros internacionales..., entonces se sienten estimulados y animados a confesar y vivir la fe y a colaborar en la construcción de una tal comunidad.

Un desafío importante para la Pastoral Juvenil es el de encontrar vías de sintonía entre los jóvenes y la Iglesia, entre la cultura juvenil y la riqueza de la tradición de la Iglesia de Jesús; encontrar caminos que conduzcan a una convergencia y acercamiento cada vez más cordial y fecundo. No es fácil contestar a este desafío; hay necesidad de una pedagogía que ayude a los jóvenes a abrir su subjetividad a las riquezas de la tradición, y que ayude a las comunidades cristianas adultas a entender y dialogar con la cultura juvenil, tratando con ellos de expresar la fe de modo significativo.

5. Un sueño, a manera de conclusión

Cómo sucesor de un "soñador", me permitiréis concluir con un sueño personal, una apuesta, sobre los jóvenes de hoy.

Querría soñar con la misma pasión apostólica de Don Bosco, que quiso felices a los jóvenes en esta vida y para siempre. Mi sueño es justo éste, ver a los jóvenes que encuentran a Cristo y en Él encuentran el sentido y la alegría de la vida, la respuesta a sus esperanzas e ideales, su papel en la Iglesia y en el mundo. Mi sueño es ver a los jóvenes como recurso del presente, para lo cual se deben brindar todas las oportunidades que permitan el desarrollo de sus talentos y sus energías de bien, como modo de rejuvenecer la sociedad y la Iglesia.

Don Bosco no fue solamente un gran soñador. Fue igualmente un extraordinario ejecutor de sus sueños, como

lo demuestra todo cuanto puso en pie para venir al encuentro de las necesidades de los jóvenes. Por tanto mi sueño debe estar acompañado de mi empeño, el de la Congregación y el de toda la Familia Salesiana para volverse cada vez más clara y explícitamente misioneros evangelizadores de los jóvenes, guías inteligentes y capaces para acompañarlos en la búsqueda de proyectos de vida.

Os animo a no permanecer más en los umbrales de la evangelización, sino a ser propositivos, a anunciar a los jóvenes la Buena Nueva, a llevarlos a un encuentro con Cristo, a decir y darles a Jesús.

Don Pascual Chávez V., SDB
Salesianum - el 23 de enero de 2010

Portiamo il Vangelo ai giovani (Famiglia Salesiana, 23.01.'10)